



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

A

Reseñas

Autor:

Revista:

Anales de Historia Antigua y Medieval

1969 - 14, pag. 173 -183



Artículo



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad
de Filosofía y Letras, UBA

RESEÑAS

SOLOMÓN KATZ. *The Decline of Rome and the Rise of Medieval Europe*. 7th. edition. Ithaca, New York, Cornell University Press, 1964. (The Development of Western Civilization). 164 p. map.

El complejo proceso que acompaña la paulatina decadencia del Imperio Romano y el nacimiento gradual del mundo medieval ha sido tema amplia y minuciosamente analizado, lo cual no significa que todo aporte para la comprensión del mismo carezca de particular interés y actualidad. De ello da cuenta este trabajo del profesor Solomón Katz, cuya 7ª edición aparece en 1964, publicado por Cornell University en su serie, destinada a estudiantes, sobre *The Development of Western Civilization*. En el mismo, los sucesos, juntamente con sus factores y causas determinantes, son analizados, explicados e interpretados en una exposición lúcida, clara y precisa. Todo ello hace de este libro un material instructivo para el estudiante al mismo tiempo que una lectura amena e interesante para el estudioso.

El proceso de decadencia del mundo Romano inicia el período que el autor estudia —es decir, a partir de la segunda mitad del siglo II— y se cierra con los comienzos del siglo VII, momento en que considera que la civilización occidental ha alcanzado definitivamente sus caracteres medievales propios.

En el breve prólogo que inicia el libro, el profesor Katz reseña la evolución de Roma desde la Monarquía hasta llegar, pasando por la República, al gobierno del Imperio. Al analizar las características esenciales del Principado en el momento de su iniciación, destaca especialmente el carácter constitucional del mismo, impuesto por Augusto al elegir para sí el título de *princeps* y no el de *imperator* o el de *dominus*. En la elección de uno u otro de estos últimos iba implícita para una República ya moribunda, una salida hacia el despotismo militar o hacia el despotismo civil. Al preferir Augusto, para gobernar el mundo, ser considerado *princeps*, primer ciudadano, —título éste de larga tradición republicana— aseguraba la constitucionalidad del gobierno. Y aún después del siglo II de la era cristiana, cuando el Imperio no era más

que una dictadura militar, perduró la vigencia de este título porque todo emperador era un ciudadano cuya autoridad provenía, en última instancia del pueblo. Por ello el autor describe al Principado como “una disfrazada monarquía constitucional”.

El Principado asegura al mundo Romano su unidad por espacio de dos siglos, durante el cual la civilización occidental gozó de una seguridad y prosperidad jamás conocidas hasta entonces. Así inicia el capítulo I titulado *Prelude to Crisis*, a lo largo del cual el señor Katz analiza las condiciones políticas, sociales, económicas y culturales del Imperio bajo el gobierno de los Antoninos, período en el que el mundo Romano alcanza sus máximas posibilidades, aseguradas por la *Pax Romana*. Pero debajo de este esplendor —señala el autor— estaban echadas las primeras semillas de la decadencia. Y como una ironía de la historia estas semillas —síntomas ya de decadencia— se multiplican durante el gobierno de Marco Aurelio Antonino, prototipo del gobernante-filósofo, que Platón considerara como el dirigente ideal. Diversos acontecimientos desfavorables, como las guerras defensivas en las fronteras del Norte y del Este del Imperio —síntomas ellas de algo que comenzaba a fallar—, condicionaron a su vez otros males: hambre, pobreza, miseria, esclavitud. Pero —dice el profesor Katz— la gravedad no radicada aún en los problemas en sí mismos sino en las soluciones momentáneas que se buscaron, muchas de las cuales crearon a su vez nuevos problemas que en la mayoría de los casos quedaron sin resolver. A la muerte de Marco Aurelio el Imperio parecerá todavía fuerte y seguro. Seguirán cien años de crisis, al cabo de los cuales las estructuras políticas, sociales, económicas y culturales estarán profundamente cambiadas.

El capítulo II lleva el título *Crisis and Recovery* y el autor lo inicia citando a Dion Casio cuando describe la transición del reinado de Marco Aurelio al despotismo que lo

HAROLD MATTINGLY. *Roman coins. From the earliest times to the fall of the Western Empire*. 2nd. edition with further corrections and additional notes. London, Methuen, 1967. 305 p. grab., ilustr.

Hace cuarenta años apareció la primera edición de esta obra que constituyó un valioso aporte para el estudio de la numismática romana. Desde su publicación fue dos veces revisada por el autor y hasta ahora se la ha considerado como una de las mejores investigaciones sobre el tema.

Los progresos en el estudio de las monedas romanas, especialmente aquéllas de los comienzos de la República, sugirieron al autor la necesidad de intentar una nueva edición. En ésta se mantiene el plan general de la primera, los grabados y las ilustraciones, pero se han introducido modificaciones, de acuerdo con nuevos resultados obtenidos, en el capítulo I, del libro I: *The external History of the coinage: money-systems, mints*; y en el capítulo I, sección 3ª del libro III: *The Empire - Diocletian to Romulus Augustulus*. Muchos de los avances realizados en esta ciencia se deben, entre otros, a Alfoeldi de Princeton, Breglia de Nápoles, Pink de Viena y a numerosos jóvenes especialistas a quienes el autor expresa su reconocimiento.

El volumen se compone de tres libros, divididos en capítulos y de una introducción en la que se hace referencia a la historia de la moneda en Roma. Encontramos que, en los comienzos, ésta contaba con un sistema peculiar, en el que apenas se conocía el metal precioso y en el que sólo se usaba el bronce en barras para el intercambio. Cartago usaba en la misma época las piezas de "electrum" de 146 gramos y los tetradracmas de plata de peso ático. Tarento poseía estateras de oro y plata y en Sicilia, bajo Agathocles, circulaban los dracmas de oro y los tetradracmas de plata. De ello podemos inferir que Roma practicaba un comercio precario que prueba las condiciones primitivas de su vida económica. Paralelamente a las sucesivas conquistas emprendidas por los romanos empiezan a acuñarse las primeras monedas de plata y aparecen casi al mismo tiempo los didracmas y el as. A fines del siglo III Roma ha im-

puesto un sistema monetario en todo el territorio de Italia.

El libro I presenta, además de un exhaustivo y moderno estudio de la historia externa de las monedas republicanas: peso, símbolos, estilo, fábrica, etc., una interpretación del contenido que ellas expresan. Mattingly estudia los diversos períodos de inflación por los que atravesó el peso, en relación con los conflictos políticos y muestra, aunque superficialmente, que la acuñación de las monedas estuvo siempre íntimamente relacionada con la vida política del Estado.

En el libro II se analiza el sistema monetario imperial desde Augusto hasta Diocleciano. Las monedas imperiales constituyen, a veces, una excelente fuente para el estudio de ciertos períodos de la historia en los que la tradición literaria no es muy elocuente. Los anversos presentan, en su mayoría, la faz del emperador; las variaciones que en éstos se observan obedecen a la idea que ellos tenían de sí mismos. Pero es en los reversos donde el historiador obtiene una verdadera información. En todas las épocas encontramos que numerosos sucesos fueron silenciados mientras que otros merecieron una consideración no muy acorde con la realidad. Así, en el siglo de Augusto, se exalta la figura del emperador como restaurador de la República, como vencedor en Parthia y en Armenia, pero casi no se mencionan las campañas a Germania y menos aún, el desastre de Varo. Las leyendas IMPER. RECEPT. y PRAETOR RECEPT. de Claudio no agregan nada a nuestros conocimientos pero ilustran, en cambio, la insistencia del emperador sobre el modo, mediante el cual consiguió el poder. Los agregados hechos por el autor a la sección "General Principles" permiten al lector una mejor comprensión de diversos aspectos del Imperio Romano.

La última parte de la obra está dedicada al Imperio desde Diocleciano hasta Rómulo Augustulo. En ella Mattingly destaca la re-

forma monetaria hecha por Diocleciano, que sirvió de modelo a otras que le sucedieron y subraya la ineficacia de este medio para superar los males que venían arrastrándose dentro del Imperio y que culminaron finalmente en la crisis financiera. La memoria de la Roma imperial perdura, aún después del colapso del siglo V d.C., a través de las monedas acuñadas por los bárbaros, quienes imitaron las formas y las leyendas de las romanas, para perderse luego con los últimos merovingios y carolingios.

El autor acompaña su estudio con una selecta bibliografía sobre el tema, de más reciente publicación, algunos de cuyos títulos han sido utilizados en la confección de la obra. La actualización de los problemas que presenta la numismática romana, a la luz de las nuevas investigaciones, hace posible calificar a este trabajo de Mattingly como uno de los aportes más serios e importantes de los últimos tiempos.

MARÍA ROSA LABASTIE

RICCARDO AVALLONE: *Mecenate*. Napoli, Libreria Científica Editrice, 1962, 333 p.

La personalidad de un hombre que ha tenido gran notoriedad pública y actividad cultural destacada en un período crucial de la historia de la antigüedad, como es el fin de la República y comienzos del Imperio romano, junto a figuras de genio, habilidad y astucia políticas como Augusto y Agripa, atrae siempre el interés de los estudiosos.

Tal es el caso de C. Cilnio Mecenas a quien Riccardo Avallone se propone analizar en este libro para dilucidar todos los aspectos de su vida y su obra. Como él mismo lo expresa en el prefacio, surgió este estudio como una tesis y sufrió varios retoques antes de su aparición definitiva. Aspectos parciales de la personalidad y la obra de Mecenas aparecieron ya en artículos de revistas especializadas.

El objetivo primordial del autor es presentar al ministro de Augusto en su verdadero perfil humano partiendo de los mismos fragmentos de Mecenas y de las obras de sus contemporáneos. Por ello el plan de su trabajo es metódico y rigurosa y erudita la utilización de las fuentes. Es necesario destacar la ardua tarea realizada en la compaginación de los datos aportados por los autores clásicos y la minuciosa exposición de los mismos.

Parte del análisis de la vida de Mecenas, quien, siendo de origen etrusco, probablemente de Arezzo y de sangre real, llegó a Roma siendo adolescente y recibió una esmerada educación. Los problemas políticos y sociales que se vivían no lo dejaron indiferente; acompañó a Octaviano desde Módena y le sirvió como hábil diplomático, haciendo

resaltar también que, según Dión Casio, Mecenas habría administrado Roma e Italia desde el 36 al 16 a.C. en el sentido de que lo acompañó en la escena política en el oficio de consejero. Se cuestiona su presencia en Actium, ya que si Horacio y Propercio la dan como un hecho cierto, Dión Casio menciona que para esa época estaba en Italia.

Retirado a la vida privada después del 30 a.C., continuó apoyando la obra de Octaviano y poniendo a su servicio su habilidad diplomática, retomando las funciones de prefecto de la ciudad o del pretorio, aunque sin título oficial, ya que legalmente fueron creados con posterioridad. Gozó de privilegios y riquezas no solo en Italia sino hasta en Egipto y en Roma construyó sobre el Esquilino un magnífico palacio con una espléndida vista, donde residió Augusto durante su enfermedad, Tiberio a su vuelta de Rodas y desde el cual Nerón contempló el incendio de la ciudad.

Desgraciado en su matrimonio con Terencia por sus frivolidades y amenazas de abandono, terminó sus días hacia el año 8 a.C.

Avallone se esmera especialmente en develar las distintas facetas humanas del personaje y para ello acude a la consulta y transcripción latina de los textos utilizados, partiendo de dos posiciones, una contemporánea y favorable, la de Horacio que era miembro de su círculo y gozaba de su amistad; la otra posterior e influida por una preconcebida antipatía, la de Séneca.

Así Horacio en sus Sátiras lo presenta como hombre cuidadoso en la elección de sus

amigos, pareo en el hablar y amante de la meditación; en las Odas alaba la generosidad, la posición del hombre público, como diplomático cuidadoso y austero, pero también nos muestra las facetas de su mundo interior, como piensa en su vida, en el mundo, en la mujer, en el amor.

Triste y atormentado por un presentimiento de muerte, Horacio le dedica su Oda III, 16 para consolarlo. Indirectamente nos lo presenta como amante de los banquetes, del lujo y las exquisiteces. Virgilio y Propertio en especial destacan su modestia, porque pudiendo usar legítimamente los títulos y honores, no lo hace. Pero también aparecen junto a estos elogios las críticas y los defectos; el mismo Augusto se divertía burlándose de sus amigos, haciendo hincapié en sus defectos físicos y morales, y con respecto a Mecenas en su veleidad literaria, es famosa la carta que le envía y en la que haciendo mofa de su estilo rebuscado lo llama "dulzura del adulterio"; con esto también desenmascara al hombre, ya que quedan al descubierto sus amores y la moralidad de su casa cuando dice que su mesa está rodeada de parásitos.

Luego enumera los juicios aportados por los escritores posteriores, poetas e historiadores, quienes lo presentan como entregado al ocio y la molición, y especialmente Séneca, que lo califica como el prototipo de hombre corrompido, afeminado y vicioso, todo lo cual se manifiesta a través de su forma de vestir, el desmedido lujo que despliega, los placeres de la mesa y la compañía de eunucos, de los que dice que son más hombres que él. Marcial es el primero en utilizar el nombre de Mecenas como protector de poetas y artistas.

Dión Casio, en cambio, lo hace aparecer como modelo de virtudes morales y políticas, hábil para el gobierno, equilibrado, modesto, generoso, clemente, quiso permanecer en el orden ecuestre en que había nacido.

Después de esta detallada exposición, el autor se pregunta cuál será la verdadera dimensión del personaje, y establece que si se lo quiere conocer en su verdadera realidad histórica, es necesario integrar las dos tradiciones, sacando lo que tienen de exagerado. Nos lo muestra entonces como hombre físicamente débil pero de espíritu fuerte, honrado y leal, con dotes para la política, hábil diplomático, astuto en la administración, modesto por permanecer en el orden ecuestre y rehu-

sar el acompañamiento de lictores, dedicando toda su vida al servicio de la patria y de la causa que sustentaba, fiel al Príncipe y a sus amigos, supo favorecerlos para que con sus dotes e ingenio pudieran ilustrar su época. También nos revela que como romano helenizado se inclinaba a disfrutar del lujo y de toda clase de goces; fue un voluptuoso, aunque niega validez a las exageraciones de Séneca; fue adúltero pero lo disculpa, considerando que esos vicios eran bastante comunes.

Desde el punto de vista filosófico lo presenta como epicúreo, pero no solo en el sentido corriente del término, sino también como seguidor de las doctrinas austeras de Epicuro, del que se aleja solo en dos aspectos, en que abusó del placer material y en vez de permanecer alejado de la vida pública al servicio del Estado, se hizo para él un deber participar en la política militante. En todo lo demás, modestia, desprecio del sepulcro, concepto de amistad, amor por la música, melancolía, sentimentalismo, se revela como genuino epicúreo. Para ejemplificar lo antedicho, analiza las relaciones amistosas de Mecenas con Augusto, Virgilio, Horacio, Propertio, con lo cual demuestra que creó a su alrededor un clima de amistad, concordia y fraternidad que lo presenta bajo el nuevo perfil de epicúreo y romántico.

Esta presentación humana, a través de las fuentes, del ministro y hombre de confianza de Augusto, se enriquece con el valor asignado en la obra a su educación y a su actividad literaria y en especial al círculo de hombres de letras que lo tuvo como protector y apoyo, los que lograron elevar la literatura latina a su más alto grado de esplendor poético.

En sus estudios retóricos siguió la escuela asiática y en los filosóficos conoció las cuatro escuelas predominantes en Roma, peripatética, académica, estoica y epicúrea inclinándose por su carácter a esta última. Siguió las enseñanzas de Sirón, Filodemo y en especial de Lucrecio. Conoció las obras de los poetas griegos desde Homero hasta los alejandrinos, y frecuentó la lectura de los latinos desde Varrón a Cicerón.

En cuanto a influencias literarias, se interesó primero en Lucrecio y Catulo y más tarde Virgilio, Propertio, Horacio y Tibulo representan un segundo momento de su evo-

lución poética. Es importante la labor poética desarrollada por Mecenas, de la que solo nos quedan unos pocos fragmentos en prosa y verso. Avallone sostiene que el motivo que lo impulsó a escribir fue su natural inclinación, oponiéndose a Giglioli, que opina que se debe a una veleidad.

Con respecto a los fragmentos en prosa, no acepta como auténtica de Mecenas la oración que transcribe Dión Casio y en la que se refiere a los consejos dados a Augusto en el año 29 a.C., porque el historiador griego es muy afecto a poner en boca de sus personajes discursos inventados por él. Referente a la posibilidad que haya escrito una obra histórica sobre Augusto, concluye que la Oda II, 12, de Horacio, solo es una exhortación y no el reconocimiento de una obra ya escrita. En cambio acepta que debió escribir muchas cartas, especialmente a sus amigos y lamenta que este epistolario se haya perdido. Su género preferido era el diálogo, cultivado en Roma por Varrón y que permitía el uso de la prosa y el verso y una mayor libertad en el sentir. Analiza con rigurosidad científica los fragmentos transcritos por Séneca en los que se develan la audacia en el uso de los verbos, y la ampulosidad de expresión.

Augusto pone al descubierto el estilo de Mecenas como lánguido, artificioso, amanejado, lo califica de imitador del mal gusto, luego es Séneca el que lo somete a un exhaustivo análisis, diciendo que su estilo es tan débil como él relajado, que tiene una elocuencia de hombre ebrio, vaga y desenfrenada, sin embargo el autor considera que si bien en líneas generales tiene razón, exagera en sus críticas dejándose llevar por una aversión premeditada.

La crítica moderna está de acuerdo con la antigua, pero Avallone sostiene que son pocos los fragmentos conservados para poder valorizar su estilo, de manera que si bien se aleja de la austeridad ática, lo que revela es un sentido musical y si su inversión en la colocación de las palabras ha escandalizado a los críticos, en realidad en solo dos fragmentos se han encontrado transposiciones forzadas, el resto no es tan grave si se toma en cuenta que la prosa asiática permitía todas las licencias de la poesía, además tiene el mérito de hallar formas perifrásticas más ricas y expresivas que las clásicas.

Los temas que aparecen en los fragmentos

de sus poemas revelan la peculiar forma de sentir los problemas del mundo, se vislumbran el apego a la vida que se va, la plegaria de un novicio a la diosa Cibele, el afecto hacia el amigo, el desprecio a los honores tributados después de la muerte.

Se sumerge el autor en la investigación de la influencia que los demás poetas han tenido sobre Mecenas, rastrea los indicios que hacen ver las relaciones verbales y de estructura con Lucrecio, así como el influjo de Catulo, especialmente en la poesía ligera tomando de este último dos caracteres estilísticos, el gusto por la polimetría y el uso de palabras nuevas o tomadas del vocabulario plebeyo. Admirador y profundo conocedor de la obra virgiliana, no puede menos que sufrir su influencia y en esto el autor reconoce en Mecenas el mérito de poseer sentido estético para valorar las grandes obras, aún no teniendo la capacidad de crearlas, a continuación hace comparaciones lingüísticas y de construcciones gramaticales entre los fragmentos conservados y los de las Geórgicas y la Eneida.

Ocurre exactamente lo mismo con las obras de Horacio y de Propertio, por ello Avallone expresa que "así la poesía de Mecenas se nos aparece como un espejo en el cual convergen y se reflejan los rayos de varios astros, de los mayores a los menores, pero esta razón no quita a su poesía, como a su prosa, todo valor y toda originalidad".

Historiando la aparición de círculos literarios en Roma desde aquel "Collegium Scribarum Histriionumque" del siglo III a. C. llega hasta los existentes en la época de Augusto, como los de Mesala, Asinio Polión y el de Mecenas. Analiza con minuciosa prolijidad la vida, los caracteres y obras de cada uno de sus integrantes, las relaciones con los principales autores y los juicios de estos sobre sus obras, con abundantísimas transcripciones, que muestran la corriente filosófica en la que están inmersos, la inspiración, el estilo y el género poético.

Transcribe además las menciones de las obras que los diversos autores dedicaron a Mecenas y el influjo que éste tuvo sobre el desarrollo de la literatura contemporánea. Hace la salvedad que el ministro de Augusto no convirtió a sus protegidos en cortesanos y aduladores, sino por el contrario, los incitó a expresar lo que ya sentían, por eso sale al paso de todas las críticas que lo acusan de

no respetar el verdadero genio y de corromperlo poniéndolo al servicio de una ambición egoísta. Le duele que un historiador de la valía de Rostagni, tome hacia Mecenas una posición negativa, mientras se complace en transmitir los conceptos de admiración de A. Fougnes.

Se enriquece el volumen presentado con el aporte, en la segunda parte, de los fragmentos conservados de la prosa y poesía mecenianas.

Desglosadas una por una las transcripciones, realiza la analogía de las mismas con otros autores, sus fuentes de inspiración, las construcciones gramaticales, las licencias lin-

güísticas, el variado uso de los vocablos, comparándolos con otros autores anteriores y contemporáneos para justificar el estilo, aunque se lamenta de lo poco que se ha conservado, con el objeto de poder llegar a un conocimiento pleno.

Es aquí donde se pone de manifiesto el profundo conocimiento de la lengua latina, la enorme erudición literaria y la afanosa búsqueda del investigador, por poner al descubierto el valor humano y literario de Mecenas.

IRMA ZANELATO

W. G. FORREST: *La democracia griega; trayectoria política del 800 al 400 A. C.*
trad.; Luis Gil, Guadarrama, 1966.

El autor ofrece la obra dividida en diez capítulos, numerosas ilustraciones con aclaraciones interesantes como así también mapas cuya intercalación no es frecuente hallar, por ejemplo el correspondiente a la división en "trittyes" del Atica basado en el que C. W. J. Eliot presenta en "The Coastal Dems of Attika".

El tema es el desarrollo en Grecia, entre mediados del siglo VIII hasta el 450, "de la idea de autonomía individual del hombre..."; de que todos los miembros de una sociedad política son libres e iguales, "con derecho a pronunciarse sobre la determinación de la estructura y de las actividades de su sociedad".

La puesta en práctica en forma sistemática de esa idea, dio como resultado la democracia ateniense que trata de analizar basándose en el imperialismo al que no separa de la democracia y que según Forrest se mantuvo exitosamente con Pericles. Incluye el estudio de la constitución ateniense, comentando las atribuciones de los organismos y puntualizando las características del demos y de la minoría intelectual la cual "estaba contaminada por la política".

La pérdida de la guerra del Peloponeso, que según el autor inició Esparta, pues ni Pericles ni el demos la provocaron deliberadamente, fue el crimen imperdonable. Si la dominación ateniense hubiese sido tan dura como dice Tucídides, pocos fueron los que desearon cambiarla por la libertad espartana

y muchos los que se incorporaron a la nueva confederación ateniense del siglo IV.

Al referirse a las consecuencias de la instalación de los dorios, sostiene que lo único que se sabe con certeza es que hacia el 800 A. C., se estableció una estructura diferente desde el punto de vista ético, económico, social y político. Aunque algunos elementos sobrevivieron, por ejemplo la lengua, hubo una desarticulación general en el mundo micénico y las ciudades que quedaron fueron autárquicas quedando el poder en manos del rey o de la aristocracia basada en la riqueza.

Plantea el problema del trabajador llamado comúnmente siervo, término que "pertenece a un mundo de relaciones muy diferentes" aclarando que emplear vocablos legales, constitucionales, sociales "...es erróneo si no se tiene bien presente que dichos términos tienen para nosotros una significación que no tenían en los siglos IX y VIII A. C."

En lo que respecta a la organización social, insiste y cuestiona el origen de la fratria, palabra que de por sí, remonta al período preemigratorio, pero para él se usó entre el 1000 y el 800 para describir un fenómeno nuevo. "...cada fratria se formó alrededor de la hegemonía de un genos aristocrático que incluía otros inferiores y por debajo de ellos una masa más o menos indiferenciada...", quedar fuera significaba hallarse en un estado cercano a la esclavitud. Reflejaba el orden social existente. En la guerra, el de-

recho, la religión, la política, el hombre común estaba ligado al aristocrático. Fundamenta estos aspectos afirmando que la vida en el 800 ofrecía limitadas perspectivas al hombre común. Para Forrest, Hesíodo pensaba como un miembro del demos en tanto que Homero vivía en el mundo de los "basileí" y durante trececientos cincuenta años los griegos procuraron disminuir la importancia de la aristocracia, pero el problema residía en crear la noción de ser humano autónomo, aplicándola a todos los niveles de la sociedad. El origen de la declinación "de los mejores", para el autor, fue el cambio de la estructura de la vida económica, ya que hacia el 700 una docena de estados se transformaron, frente al sólido trasfondo agrario, en organizaciones relativamente complejas donde tanto el gobierno como los particulares entendieron que la prosperidad, incluso la supervivencia, dependía del comercio. Si bien para Forrest es un error imaginar gobiernos interesados conscientemente en el desarrollo de mercados o hablar de nueva clase de ricos mercaderes y artesanos, admite que la nueva situación benefició a muchos. En una economía de expansión, no todos los que comienzan al mismo nivel se enriquecen simultáneamente ni a un mismo grado y precisamente en esta nueva movilidad y "no en un mero conflicto de intereses económicos" es donde encontramos el verdadero punto de partida de la revolución política. Señala como secuela de la expansión del siglo VIII, una mayor independencia del individuo que trajo como consecuencia no sólo un debilitamiento en los vínculos sino también le permitió conocer nuevas experiencias políticas que introdujeron alguna flexibilidad en el modo de pensar y los animó a desligarse, aún más, a enjuiciar como anteriormente no hubieran podido hacer. Menciona a Arquíloco como poeta que ilustra esta independencia psicológica, sería un inadapto en el mundo aristocrático pero por diversas razones y múltiples modos, a fines del siglo VIII y principios del VII había muchos griegos convertidos en inadapto dispuestos a remediarlo y lo que es más, tenían fuerza para hacerlo.

Esa fuerza era la dada por la llamada segunda secuela de la expansión que fue la transformación de la táctica de combate griega, con la aparición de quien posteriormente, recibiría el nombre de hoplita.

Los efectos de la transformación fueron importantes aunque no inmediatos, "...el aristócrata perdía su poder de opresión económica sobre la comunidad y si lo retenía era por penetrar en un mundo en el que solamente la riqueza y no su linaje podía darle una ventaja inicial".

En el capítulo dedicado a la revolución de Corinto, indaga las posibles causas del surgimiento de la tiranía que lo relaciona con la expansión económica pero juzga aventurado afirmar que los hoplitas fueran la fuerza que provocó la revolución, que formaron una fuerza subyacente, no se duda, pero sí que fueran ellos exclusivamente los que la provocaron. En Corinto, por qué deseaban un cambio los hoplitas? Para Forrest no era para participar en el poder político, pues ni Cipselo se los concedió ni tampoco el gobierno oligárquico que le siguió y "...dificilmente se hubiera podido contener tanto tiempo a un demos políticamente consciente y ambicioso". Quizá el demos estuviera interesado por la justicia, deseo que a diferencia del poder político "entra dentro del tipo de cosas por la que el hombre está dispuesto a combatir".

No es satisfactoria la indagación que hace Forrest sobre Corinto aunque aclara que tiene por objeto no tanto rastrear los acontecimientos precisos de la crisis política, que juzga más accidentales de lo que estamos acostumbrados a creer, sino que nos ayuda a definir las cuestiones que deben "ponerse de manifiesto".

En el caso de Esparta, "...Licurgo y los reyes tenían empeño en alterar la composición de la democracia..."; para lograrlo buscaron el apoyo del ejército hoplita con promesas de tierras, justicia y de ese tipo de vida que llamó eunomía. Lograron sus fines sin destruir la aristocracia existente y posteriormente la lucha contra Mesenia, unió a todos los espartanos explicándose así como "los mejores", superaron la crisis. Las exigencias económicas y sociales de los hoplitas quedaron satisfechas, las políticas no, pero no serían tan imperiosas como para que sobre ellas solas se organizara una revolución. Las concesiones del 675 "no alteraron materialmente la distribución del poder dentro del estado".

Con respecto a Atica, Forrest sigue el proceso desde la invasión doria y merece atención sus juicios sobre los "hektemoroi".

Plantea interrogantes como por ejemplo, se contraería deudas con uno solo, y si lo era con varios de quien se convertiría en hekte-moroi?. El origen habría sido la necesidad de protección física en épocas inseguras que posteriormente se convirtieron en relación fija y hereditaria sancionada por ley. Darcón “no pudo saltarse este tipo de vinculación y tuvo que ser el primero en escribir normas que la rigieron al igual que con las leyes sobre deudas”.

Para el autor Solón fue un avanzado “...las violencias posteriores reflejan el resentimiento de los eupátridas y la ambición de los hombres nuevos que no se daban por satisfechos con nada que no fuera el ejercicio real del poder”.

Dado el papel que le asignó al demos en materia judicial, es razonable aceptar que Solón le otorgó otro no menos positivo en política a través de la Asamblea. Forrest basándose en la poesía de Solón concluye que el demos no sólo se acomodó rápidamente a la nueva situación sino que “comenzó a poner la vista más lejos” y si los privilegios fueron suficientes “para esbozar una sociedad perfecta en la que el demos obedece a sus jefes”, no advierte que tienen que ser oídos al decidir “en que estriba la felicidad e incluso el de intervenir abiertamente para encaminarse hacia ella”. Para el autor gracias a Solón, Atenas se transforma económica y políticamente.

En lo que respecta a Pisístrato señala que durante su gobierno “la vida dejó de ser a pasos agigantados algo más que una lucha desesperada por la existencia”. Justifica la prosperidad, aunque reconoce que no introdujo cambios fundamentales en el sistema constitucional pero “de varias maneras los atenienses adquirieron conciencia de su nacionalidad... la idea de ciudadanía adquiriría otro elemento significativo”.

Presenta a Clístenes juntamente con Iságoras, como “*dianastas*”, “...cada uno de ellos estaba en la cúspide de una pirámide aristocrática”.

Pero el primero, según Heródoto, se sintió derrotado y para salvarse “añadió el demos a su facción”. Para Forrest carecía de un ideario político, de un vocabulario adecuado que le ayudase a forjar la imagen de un lemos activo con ajustada “conciencia de clase”. Deseaba dar a Atenas una adminis-

tración nueva y eficaz, como buen aristócrata aspiraba a que sus seguidores fueran felices y estaba dispuesto, dentro de los debidos límites, a concederles lo que querían. Como político sagaz hizo cuanto pudo para trazar una buena administración y hacer concesiones de tal manera que perjudicaran solamente a sus rivales. La organización del demos satisfaría sus ambiciones, “pero jamás causaría quebraderos de cabeza a un demos de los Alcmeonidas”. Esperaba una lealtad que en el orden natural de las cosas el demos no le podía prestar.

Los acontecimientos sucedidos desde el 499, incluyendo la liga de Delos, hace pensar en el prestigio y confianza en sí mismos que se tenían los atenienses y sobre ese fondo Forrest interpreta la evolución política de los cincuenta años siguientes a Clístenes.

En 462 se dará configuración definitiva a la democracia ateniense, conferida por el tomar conciencia de la nueva sociedad que es la que acuña, “en un determinado momento del segundo cuarto de siglo, una nueva palabra para describir el nuevo ideal. A finales del siglo VI la “*isegoria*” y la *isonomia* basta; ahora el énfasis se puso en la *demokratia*”.

Ella se fundaba, según Forrest, en el absoluto acatamiento a las leyes y en la creencia de que cualquiera que fuera admitido en la sociedad gobernada por estas leyes, “...tenía los mismos derechos y casi la misma obligación de administrarla y conservarla”.

En cuanto a los demagogos opina el autor que son el resultado de la evolución de Atenas “y el asalto de Clístenes al poder aristocrático”, mostrándose tan conservadores en sus puntos de vista “como cualquier otro ateniense”.

Al analizar las motivaciones de la reacción oligárquica, utiliza como alegato de los democráticos, el discurso atribuido por Tucídides a Pericles, pronunciado al finalizar el primer año de la guerra del Peloponeso.

Aunque reconoce que Atenas estaba lejos de ese ideal, para él lo importante es que el auditorio de atenienses comunes, comprendía y aceptaba los principios que eran su base.

Resume Forrest el “largo camino que había tenido que recorrer el ateniense común antes del 431”, citando un verso de La Iliada; ¡Eh! tú, sigue sentado y escucha las órdenes

[de otros

que son mejores que tú; tú no eres guerrero
[ni esforzado
y no cuentas ni en el combate ni en el consejo.

Concluye la obra con una lista de fechas
que alude a acontecimientos importantes men-
cionados en el texto en el cual también se

justifican algunas interpretaciones propuestas
y con bibliografía general y otra especial
dedicada a cada capítulo.

NOEMÍ L. VIÑUELA